

EL JUDÍO DE ULM

ORLANDO
MEJÍA
RIVERA

El seis de noviembre de 1941, a las nueve y treinta de la noche, el joven judío Hanz Fritsch, estudiante de matemáticas en la universidad de Ulm, fue atrapado por los servicios de inteligencia de la Gestapo en el sótano de una casa ubicada en las inmediaciones del río Danubio. Huérfano de padre y madre desde los catorce años de edad, heredó, como hijo único, una considerable fortuna forjada por su abuelo paterno, quien fue el fundador de una prestigiosa industria de sofisticadas lentes para telescopios de observatorios astronómicos.

Aunque es posible que hubiese sido detectado por casualidad, gracias al olfato de los perros, a Hanz le quedó la duda de que su exnovia, llamada Greta Aschenbach, tuviera que ver con su captura. Hacía dos semanas ella le había manifestado su adhesión a las juventudes hitlerianas y su deseo de terminar con la relación amorosa, pues a pesar de que todavía lo quería no estaba dispuesta a seguir arriesgándose por un judío que, al fin y al cabo, pertenecía a una comunidad que tanto daño le había hecho a la patria alemana. No le sirvieron sus súplicas para que ella recordara los momentos felices y, cansado, terminó insinuándole, con cierto despecho, que a él no le había importado que ella fuera pobre y bizca.

Al día siguiente fue despachado, con cientos de otros judíos de la ciudad de Ulm, en un tren de carga, con vagones que tenían pintadas en sus puertas la estrella de David. Luego de cuatro días de viaje, en los que conoció por primera vez la sed y el hambre, llegó al campo de concentración de Auschwitz. A pesar de sus veintitrés años, fue puesto en la fila de los ancianos, los inválidos y los niños, ya que su constitución física era muy débil y desde la pubertad sufría de una tos crónica que nunca le permitió levantarse de la cama antes del mediodía.

Atravesó las primeras alambradas, acosado por los gritos de los soldados y los ladridos de los perros pastores alemanes, y de pronto vio un letrero sobre una tabla de madera que le llamó, sin saber por qué, la atención; decía: *¿Quod vitae sectabor iter?* Lo extraño era que él no sabía latín, pero sintió un estremecimiento en todo su cuerpo y no pudo evitar un suspiro hondo y triste.

Todas las personas de su fila fueron llevadas a un gran galpón de techo rojo, y una vez adentro les ordenaron desnudarse, entregar sus pertenencias y recibir una barra de jabón y una toalla. Por los altavoces les indicaron que serían sometidos a un baño para desinfectarlos de los piojos y de otras alimañas. Mientras se dirigía a la ducha vio, sobre la puerta de entrada a los baños, otro escrito en pintura negra que resaltaba sobre la pared blanca: “Para la

investigación de la verdad de las cosas es necesario el método”. Lo último que escuchó fue un extraño sonido proveniente de las duchas; cerró los párpados y se preparó para recibir el chorro de agua helada.

Abrió los ojos y sobresaltado se sentó en la cama. El frío era muy intenso, a pesar de que la estufa estaba encendida y alimentada con toda la reserva de carbón. Se sentía muy raro y sobrecitado. No recordaba muy bien si había soñado o no, pero tenía un presentimiento: nunca olvidaría este día, del 10 de noviembre de 1619, encerrado en un hotel a orillas del Danubio en la ciudad de Ulm, aguardando a que Maximiliano de Baviera diera las órdenes de movilización a la tropa.

Entonces volvió a soñar, o a despertar, y tuvo tres visiones. En la primera iba caminando por una calle y sintió que unos fantasmas lo acosaban, luego perdió la fuerza en el lado derecho de su cuerpo y debió seguir andando, a saltos, en su pie izquierdo. Después vio un colegio, con alambradas, y trató de entrar a su capilla. Pero un gran viento lo alejó y presintió la presencia de un genio maligno. En la segunda observó chispas de luz por todo el cuarto y se encomendó a Dios y a la virgen de Loreto.

En la tercera se encontró con un hombre que le regaló dos libros. Uno era una antología poética de clásicos. Abrió al azar una página y leyó: *¿Quod vitae sectatur iter?* (¿Qué camino seguiré en la vida?); de inmediato recordó que estas palabras pertenecían al primer verso de un poema de Ausonio. El otro era una enciclopedia y supo, de manera instantánea, que había descubierto, por fin, los fundamentos de una ciencia admirable: el método para la reunión de todos los conocimientos humanos, la “luz de la razón” que explicaría todos los secretos de la naturaleza y del mundo.

El joven se levantó del lecho con el convencimiento de que Dios le había inspirado las visiones y de allí en adelante su vida estaría dedicada a desarrollar su obra, para beneficio de la humanidad. Sin embargo, tuvo una cuarta y última visión: sobre la mesa de estudio persistía la enciclopedia de su último sueño. La abrió y encontró una palabra que no conocía: “Auschwitz: la consecuencia cumbre del método racional aplicado sobre el mundo”. Entonces escuchó una gran carcajada y alguien, o algo, sopló en su cara.

René Descartes murió de una pulmonía, treinta y un años después de esa curiosa noche, siendo el filósofo preferido de la reina Cristina de Suecia. Siempre estuvo orgulloso de su obra y convencido de que aquella vez tuvo el privilegio de recibir las revelaciones de la divinidad. En realidad, él nunca pudo recordar su cuarta visión, ni el soplo que recibió del gran enemigo de Dios. La ducha fue abierta y el gas venenoso mató al joven Hanz Fritsch. Eran las seis de la tarde del 10 de noviembre de 1941 y el frío hacía tiritar a los soldados del Reich. ■

Orlando Mejía Rivera (Colombia)

Profesor e investigador de la Universidad de Caldas. Escritor, médico internista y filósofo. Entre sus publicaciones se encuentran: *Antropología de la muerte* (1987), *La Casa Rosada* (1997), *De la prehistoria a la medicina egipcia* (1999), *De clones, ciborgs y sirenas* (2000), *La generación mutante: nuevos narradores colombianos* (2002), *Los descubrimientos serendípicos* (2004) y *El Asunto García y otros cuentos* (2006).